

**VII CONGRESO INTEROCEÁNICO DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS
EL LUGAR DE LA CRÍTICA EN LA CULTURA CONTEMPORÁNEA**

**Simposio 10. *El pensamiento latinoamericano a la luz de la crítica y la
alternatividad***

**“Discurso vivo” y “rememoración”. En diálogo con filósofos
mendocinos**

Adriana María Arpini¹

Discurso vivo y rememoración

En un pasaje del *Fedro* se narra el mito del dios Theuth, inventor de los números y el cálculo, la geometría y la astronomía, el juego de la ajedrez y de los dados, y también de los caracteres de la escritura (*Fedro*, 274, c-277). Cuando Theuth presenta estos caracteres al rey de Egipto, Thamus, expresa que este conocimiento “hará más sabio a los egipcios y vigorizará su memoria”. Sin embargo Thamus desconfía del efecto que producirá en quienes lo aprendan, pues devendrán proclives al olvido por descuido de la memoria, “ya que fiándose a la escritura, recordarán de un modo externo, valiéndose de caracteres ajenos, no desde su propio interior y de por sí. No es el elixir de la memoria –dice Thamus–, sino el de la rememoración lo que has encontrado”. El valor de la escritura y de los libros consiste, para Platón, en que ofrecen un medio para recordar aquello sobre lo que versan. En este sentido, la escritura es un remedio para la memoria ingenua de quienes creen que el discurso escrito ofrece lo cierto y permanente. Pero, frente a tales discursos, hace una diferencia preguntarse “quién es el que lo dice y de qué país”. Es decir, establecer una distancia crítica, interrogar por los elementos contextuales que hacen a la decodificación del mensaje contenido en la escritura. Mientras que en el primer caso sólo se trata de memorizar, en el segundo, se trata de la memoria viva.

Según Platón, los discursos escritos son tanto sólo medios para el recuerdo, presentan ciertos inconvenientes: cuando se los interroga, dan a entender

¹ FFyL, UNCUYO / INCIHUSA, CONICET. Contacto: <aarpini@mendoza-conicet.gob.ar>

siempre una y la misma cosa; circulan por todas partes sin saber a quién deben dirigirse y a quiénes no; y no son capaces de defenderse a sí mismos. Otro es el “discurso vivo”, “aquel que se escribe con ciencia en el alma del que aprende, discurso que es capaz de defenderse a sí mismo y que sabe hablar y guardar silencio ante quienes debe hacerlo”. El discurso escrito no es más que la imagen de este; y siendo así, se presenta como un riesgo que debe ser asumido.

Proponemos en lo que sigue andar el camino de la memoria a la historia en relación con acontecimientos que hacen a la práctica de la filosofía en Mendoza, durante un lapso que abarca la segunda mitad del siglo XX. Trabajamos para ello con la memoria exteriorizada en testimonios. Fijaremos nuestro trabajo en ese primer momento del quehacer historiográfico que recoge la “memoria viva”, pues, como dice Ricoeur (2004) “no tenemos, en última instancia, nada mejor que el testimonio para asegurarnos de que algo ocurrió, algo sobre lo que alguien atestigua haber conocido en persona” (p. 190).

Elegimos los testimonios porque estos nos conducen directamente al contenido de cosas pasadas. En historiografía, el testimonio permite construir el archivo, en su uso judicial, permite arribar a la sentencia. Haremos, por nuestra parte, un uso del testimonio más cercano a la vida cotidiana, como relato, en el sentido de la definición de Dulong: “relato autobiográficamente certificado de un acontecimiento pasado” (Citado en Ricoeur, 2004, p. 210) Más que la verdad de los acontecimientos nos interesa la autenticidad de los testimonios. En este sentido nuestro trabajo se inscribe en la tensión entre Historia y Memoria.

Los acontecimientos del pasado son el objeto de estudio de la Historia, entendida como ciencia positiva. Pero en nuestro caso trabajamos sobre el recuerdo, aquello que se “guarda en la memoria” de modo tal que involucra a los afectos y las valoraciones. Recuerdo es un término compuesto: *re*: volver a, *corde/cordis*: corazón). Se trata del recuerdo del pasado, que como tal ya no existe, pero puede conocerse a través de sus huellas, en este caso, las vivencias de los testigos. Lo que nos coloca en el terreno de la memoria².

² La memoria suele ser caracterizada como una facultad psíquica básica para aprehender el funcionamiento del mundo y de la vida. Pero también forma parte de la definición de la identidad de los individuos, los grupos y las sociedades. Maurice Halbwachs, en un libro publicado en 1959, introdujo el concepto de “memoria colectiva” para referirse a un modo de mirar el pasado que consolida las relaciones del grupo y garantiza su existencia, pero que a la

Memoria e Historia suponen dos lecturas diferentes del pasado. Tal diferencia consiste, según Reyes Mate (2006), en que mientras la Historia busca conocer el pasado, la Memoria es la actualidad del pasado en el presente. Tiene exigencias irrenunciables puesto que es un ejercicio de creación en el presente con materiales del pasado. La memoria tiene que ver con el pasado ausente del presente, que es el pasado del vencido, el que la Historia con frecuencia olvida. Existen al menos dos formas de olvido: por desconocimiento del pasado, es decir por ignorancia, que es remediable; o por el deliberado intento de desconocerlo, de restarle importancia, lo cual constituye una injusticia que la memoria intenta reparar. Por ello, el modo en que la memoria entiende el pasado resulta subversivo tanto desde el punto de vista epistémico como desde la mirada ético-política, porque cuestiona la verdad y la autoridad de lo fáctico, de lo establecido por la historia oficial. La memoria interrumpe la lógica del progreso –sostiene Reyes Mate recuperando a Benjamin– por eso, “declarar la insignificancia de lo que ya no es, porque fracasó, es una torpeza metodológica y una injusticia, porque cancela el derecho de la víctima a que se reconozca la significación de la injusticia cometida” (Reyes Mate, 2006).

Testimonios

En el marco del proyecto de investigación *Filosofía y educación en Mendoza durante el siglo XX*³ se realizaron entrevistas⁴ con el propósito de recuperar un tramo de la historia de la filosofía en Mendoza. Nos interesó especialmente reconstruir la memoria de las prácticas filosóficas vinculadas a la Facultad de Filosofía y Letras durante la segunda mitad del siglo XX, es decir, con posterioridad a la realización del Primer Congreso Nacional de Filosofía. Componemos en esta ocasión la memoria de esas prácticas a través de dos de sus protagonistas, René Gotthelf (Buenos Aires, 1940. En adelante RG) y Norma Fóscolo (Mendoza, 1938. En adelante NF).

vez es dinámico y se transforma en la medida que los grupos participan en ella (Cf. Holbawchs, 2004).

³ Proyectos SIIP: 06/G713 (2016-2018) y 06/G779 (2019-2021)

⁴ Las entrevistas están resguardadas en el archivo del proyecto de investigación mencionado localizado en el Instituto de Filosofía Argentina y Americana de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNCuyo. Oportunamente serán puestas a disposición de futuras investigaciones.

Nos interesa conocer, a través del relato de sus experiencias, el modo en que las prácticas filosóficas quedan inscriptas en los acontecimientos, en el doble sentido en que los signos imprimen sentidos y son impresos por los hechos. En esta oportunidad focalizamos en dos dimensiones problemáticas. En primer lugar abordamos la problemática, dolorosa y hasta trágica, vinculada a las vivencias del exilio, exterior e interior, que no afectó sólo a las personas sino a la práctica misma de la filosofía. ¿Cómo se produjo para las personas y para el ejercicio filosófico la situación del exilio? ¿Cómo lo transitaron? ¿Es posible hablar del exilio de la filosofía? En segundo lugar consideramos la problemática no menos controvertida del retorno de las personas y de las prácticas que hacen a la filosofía directa o indirectamente. ¿Cómo encarar la práctica filosófica en un clima de recuperación de la democracia, pero de una democracia condicionada, más formal que real? ¿Cómo aportar desde la filosofía a la formación humanística y científica de jóvenes que buscan emerger de las condiciones uniformadoras de la publicidad y el mercado? En fin, nos interesa poner en “letra de molde” la memoria de las experiencias filosóficas a fin de otorgarle cierto grado de objetividad a vivencias que han permanecido en la dimensión subjetiva.

Nuestro interés se apoya en un antiguo principio historicista que afirma la radical historicidad de toda vida, y en el actual criterio, puesto en valor por las luchas feministas, de las diversidades y los derechos humanos, según el cual lo personal es político. Otro motivo aporta a la configuración de nuestro punto de vista y es que la historia se nutre de la vida cotidiana, lo que en nuestro caso significa que para una historia de las ideas filosóficas en/de Mendoza es necesario partir de las prácticas filosóficas cotidianas que tienen lugar en los espacios de circulación de tales ideas.

El exilio

El 14 de agosto de 1974, poco después de la muerte de Perón, asumió como Ministro de Educación Oscar Ivanissevich, en reemplazo de Jorge Taiana. Se mantuvo en la cartera durante un año, hasta el 11 de agosto de 1975. El objetivo explícito de su misión era “eliminar el desorden” en la universidad y producir la “depuración ideológica” (Izaguirre, 2009; Bonavena et al., 2007). Durante ese período se produjo la persecución, desaparición y muerte de

personas, así como las cesantías de docentes, estudiantes y personal de apoyo de las universidades argentinas, y se sucedieron atentados contra quienes eran sospechados de sostener y difundir ideas marxistas y/o subversivas. Así comenzó el vaciamiento de las universidades y el exilio de la razón. La Universidad Nacional de Cuyo no permaneció ajena a este proceso. En enero de 1975 asumió como rector Otto Herbert Burgos, encargado de llevar a la práctica la Misión Ivanissevisch, la secretaría académica estuvo a cargo de Luis Campoy y como decano de Filosofía y Letras se designó a Julio Argentino Bartolomé Torres. Se trataba de “cumplir con los conceptos de la «misión»: formar estudiantes cristianos, nacionalistas y antimarxistas. (...) quedaba prohibido el funcionamiento de centros de estudiantes. En paralelo quedaron sin renovación las designaciones de decenas de profesores” (Cf. Molina Galarza, 2014).

Muchos partieron con rumbo a Europa, Estados Unidos o diversos países de América Latina –exilio exterior–, otros quedaron en el país, separados de sus cargos o imposibilitados de acceder a la universidad o a otros cargos públicos –exilio interior–.

En muchos casos, para quienes tuvieron que dejar el país, el exilio favoreció novedosas experiencias de integración cultural y de incorporación en espacios académicos con dispares desarrollos en el ámbito de la filosofía práctica y la historia de las ideas latinoamericanas. Quienes quedaron en el país, silenciados y desplazados de la academia y de otros centros de la vida cultural, gestaron desde la resistencia formas alternativas de quehacer filosófico, con perspectiva crítica, en muchos casos latinoamericana, coincidiendo en la búsqueda de anclajes teóricos y de categorías para comprender una situación provocada por el estallido de las significaciones y del canon filosófico normalizado (Cf. Arpini, 2018).

El exilio no sólo afectó a personas, conmovió a la filosofía misma, como un estar la filosofía fuera de su territorio, fuera de su elemento. Si el quehacer filosófico consiste en un ejercicio dialógico crítico que busca conceptualizar para comprender qué somos, qué hemos sido y qué queremos ser, como personas y como comunidad, y si, como dice Hegel, filosofar es poner la propia época en conceptos, entonces la práctica filosófica –sobre todo la de las academias– que evade la tarea de conceptualizar su propia época, es una

filosofía “fuera de lugar”, es un pensamiento acerca del pensamiento, separado de la existencia, más parecido al adoctrinamiento que al ejercicio de una racionalidad crítica. Transformada en pura formalidad, la filosofía en cuanto pensar de la vida está ausente –exiliada–. Cabe, entonces, como ejercicio de la memoria, hacer pública la experiencia del exilio de filósofos/as y de la filosofía misma.

¿Cómo vivieron la experiencia de quedar separados de sus cargos nuestros entrevistados? ¿Cuáles fueron las experiencias del retorno, contracara del exilio? ¿Cómo restablecieron su vínculo con la universidad y con la filosofía?

Ambos entrevistados relatan experiencias en torno a la situación en que se producen las cesantías y el exilio:

– Yo volví de Lovaina en junio del ‘74. Estaba Enrique Dussel, el decano era Segovia, Carlos [Bazán] era Secretario académico. Podrías ser adjunta de Enrique, me dice. – ¿Cómo les va a ustedes?, le pregunto. –Más o menos –¿Por qué? –Nos van a echar! –Y ¿por qué? –No sé, a diferencia de ellos, nosotros no hemos echado a nadie! Y me contó lo que había pasado con el Profesor Ruiz Sánchez, el Profesor de Pedagogía, que los estudiantes no querían saber nada de él, entonces se creó una cátedra paralela, se quedó sin alumnos, y se tuvo que ir. (Risas) Cuando yo llegué, primera sorpresa, la politización, y segundo todos esos cambios que hubieron, que yo no los llegué a entender del todo. (...) Di clase ese semestre como adjunta de Enrique, lo único que les pude enseñar a Adriana, a Delia Albarracín y a otros que no recuerdo los nombres, fue el contenido de mi tesis, porque todavía no había entrado en la dinámica.

Después del despido de la FFyL me presenté y gané un concurso en la Facultad de Antropología Escolar, que dependía de la Dirección General de Escuelas. Pero no asumí porque esta Facultad fue intervenida en 1976 y cerrada el 17 de abril de 1977.⁵ En marzo del ‘75, el 31 de marzo del ‘75 –Víctor Martín dice “nosotros somos los *idus* de marzo”⁶, porque nos tenían locos los profesores de latín con los *idus* de marzo– nos enteramos que no figurábamos entre los nombrados [en FFyL]. ¿Qué pasaba?, que en ese momento estábamos todos esperando la ley universitaria para los llamados a concurso. Estábamos todos excepto Arturo Roig, Enrique Dussel y Carlos Bazán, que estaban de titulares por concurso, y suponíamos que eran intocables. Entonces, primero arrasaron con los que estábamos interinos, (...). Y eso significó el éxodo y el desparramo total, la desarticulación. Después de un tiempo, un par de meses más, también los echaron a Carlos y a Arturo y a Bonnardel de literatura. Bueno, fue una época muy extraña, horrible. Sepich fue un actor importante en esto. Después de eso, yo volví a Bélgica, porque estaba casada con un Belga, (...) en la Universidad de Lovaina fueron muy generosos. Ellos tenían ya un comité de recepción de chilenos. Me dieron a mí una bequita, yo tenía que recibir las inscripciones del año lectivo, para eso me tenía que trasladar a Lovaina la Nueva, y a mi marido le dieron un trabajito en una organización de ayuda humanitaria. Con eso sobrevivimos ese tiempo. Después nos fuimos a Holanda (Entrevista NF).

⁵ Cf. <https://www.unidiversidad.com.ar/03-07-informes-especiales-la-universidad-desconocida-tercera-parte> (10/08/2021)

⁶ “*Idus* de Marzo”: en el calendario romano los días 15 de Martius, considerados días de buenos augurios. Usado en el relato irónicamente para significar que fueron cesanteados en marzo.

Un detalle de la cotidianidad, que sintetiza ese momento de nuestra historia, merece ser rescatado de entre los recuerdos de Norma Fóscolo:

– Otra cosa que te quería decir, una figura muy importante que también Bazán la recuerda en ese prólogo al libro de Sigerio de Brabante, es Madame Morren que era benefactora de la Universidad de Lovaina, tenía propiedades, pero también era algo así como la Trabajadora social, se manejaba muy bien con los estudiantes extranjeros. (...) fui a verla, a comentarle cómo era la situación de los argentinos. Y hablamos también de crear una especie de comité de recepción para los estudiantes argentinos. Me dice –vamos a hablarlo con Mauricio López que va a venir a una reunión del Consejo Mundial de Iglesias. Y fue ella la que me dijo después –Mauricio no va a venir, porque ha desaparecido y no se sabe dónde está (Entrevista NF).

Por su parte Gotthelf recuerda:

– Con Otto Burgos⁷ a la cabeza (...) entre fines del '74 y '75 comenzaron las cesantías, las persecuciones. Las bombas, en lo de Prieto, de Segovia, la primera fue en lo de Enrique Dussel. (...) Poco a poco toda la gente se fue yendo, algunos al exilio forzoso y otros el exilio interno. (...) 43 profesores de filosofía cesanteados. Yo no sé si me tocaba, nunca me dijeron nada, yo no tenía otra cosa en ese momento pero estaba obviamente con angustia de no saberse si seguía o no. Presenté mi plan estudio para el año '76, fue aprobado. (...) En la segunda semana de abril empiezan las clases en la facultad. Yo empiezo mi curso, bastante numeroso, era primer año, creo que a la segunda clase entra un ordenanza y me dice: – la Decana quiere verlo. Yo le dije: – bueno, después voy. Yo suponía lo que quería la decana. Terminé mi clase. Inclusive algunos alumnos, entre ellos Marita Perceval⁸, me dijeron que había notado como una despedida. Efectivamente era una especie de despedida. Me esperaba la Decana⁹, yo la conocía, había sido mi profesora de Historia, incluso en el Colegio Nacional. Había tenido muy buenas calificaciones. Me decía: –yo no sé cómo decírselo, usted sabe que lo aprecio ... Daba vueltas y no me decía nada. Entonces le digo: –Profesora ¿me tengo que ir? – Bueno, pero no es cosa mía. Es orden del rectorado. Usted sabe que lo aprecio, usted puede contar con mi afecto. Ese mismo día subo al cuarto piso, hice una lista de todas las cosas que tenía. Se lo hice firmar a la secretaria del Departamento y me fui. No tuve más contacto con la Facultad, ni con la Universidad. Me dolió mucho que algunos compañeros, con los que habíamos sido amigos, no me saludasen, incluso por la calle. Supongo que en el clima que se había creado, una persona que había sido excluida de la Facultad podía ser peligrosa, podía contagiar. A los dos días un amigo me ofreció trabajar en una agencia de turismo. Sobreviví trabajando en turismo durante 10 años (Entrevista RG).

En la tensión entre los hechos de la política académica del momento y las relaciones personales cotidianas, vale rescatar pequeños gestos. Gotthelf relata el siguiente episodio:

⁷ Otto Burgos fue rector interventor durante la Misión Ivannisevich.

⁸ María Cristina Perceval, en ese momento estudiante de Filosofía, es Doctora en Filosofía, hizo carrera política como Senadora Nacional por la Provincia de Mendoza (2001-2009) y como Embajadora ante Naciones Unidas (2012-2015).

⁹ Rosa Zuluaga fue decana de la Facultad de Filosofía y Letras, estando el Rectorado de la Universidad en manos del Comodoro Ruiz.

– Pero hubo una excepción. (...) A los pocos días, una semana, me llaman por teléfono. Era el Prof. Noussan Lettry. –Mire yo necesitaría hablar con usted. Usted se molestaría si lo voy a visitar a su casa. –De ninguna manera. Al día siguiente viene a visitarme y me dice –Mire lamento lo que ha pasado en la facultad y quería decirle que la Decana me ha pedido que me haga cargo de su cátedra, pero yo quiero su visto bueno. Si usted me dice que no, no acepto. Yo voy a respetar su programa, voy a incluir algunas cosas más, pero voy a respetar su programa, le agradezco mucho que me haya autorizado. Nos despedimos, muy bien. Ese gesto lo levantó a Noussan Lettry a un pedestal, para mí. Porque no era un régimen democrático, era muy difícil decir que no. Otros profesores no tuvieron gestos semejantes (Entrevista RG).

El retorno

Si el exilio, exterior o interior, es la mayoría de las veces una experiencia traumática, que implica abandonar de un modo de vida, habitar un espacio entre paréntesis y “un tiempo otro” (Cf. Avila, 2018), el regreso del exilio no es menos traumático. Nunca se vuelve a lo que se dejó, ni el que vuelve es el mismo. Ambos, realidad y sujeto, fueron atravesados por acontecimientos que los transformaron. Cualquiera sea el tipo de exilio, quien retorna –se ha dicho– es doblemente extranjero, lo es del país real y del país de sus recuerdos y de sus sueños (Hurtado-Beca, 1993). La reinserción conlleva un proceso de decodificación y recodificación, una hermenéutica de nuevas realidades subjetivas y objetivas. Veamos el relato de nuestros entrevistados. Norma Fóscolo lo interpreta como una nueva etapa:

– Segundo capítulo: la reincorporación. Que no existió nunca en [la Facultad de] Filosofía. Nunca hubo una política activa de reincorporación. Yo no sé de ninguno de los que estuvo afuera que los hayan invitado y les hayan dicho vuelva profesor. Además, esa ordenanza del rectorado, de reincorporación, que estaba llena de trabas. Tenías que presentar pruebas de que te habían echado los militares. (...) en mi caso yo no estaba en ninguna de las listas. Las listas estaban en el fondo de los cajones. (...) Una política muy diferente de la que hubo en [la Facultad de] Ciencias Políticas. [Se puede ver] en el diario Los Andes, el llamado a concurso que hizo Triviño¹⁰, eran veintitantos cargos. Llamaba a titular, asociado y adjunto. Porque la idea de Triviño era que (...) los que habían ocupado los cargos cuando nosotros no estábamos, si querían, que se presentaran (Entrevista NF).

René Gotthelf comenta su experiencia de regreso a la vida académica y a la gestión en la universidad. Después del exilio interior, se abre para él un nuevo capítulo, pone sus esfuerzos en (re)inventar proyectos:

¹⁰ Luis Triviño (Buenos Aires, 1932 - Mendoza, 2009) Antropólogo, escritor y docente, fue Decano normalizador de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNCuyo, con el regreso de la vida democrática (1984-1986). Posteriormente, en 1986 fue electo Rector de la Universidad.

– Y recién volví a la facultad en el año '85, cuando comienza el período democrático, sale una serie de resoluciones donde se decía que a todos aquellos que habían sido cesanteados, excluidos, se los podía volver a incorporar. Buenos, resulta que yo no figuraba en ningún lado. Como era un interinato, terminó el interinato, y no hubo re-designación. Recién en el año 85 aparece en un escritorio de la Facultad de Ciencias Agrarias la lista 204. Se ve que había 203 anteriores. En la 204 estaban los nombres de las personas que había que excluir, sin firma. Ahí estaban el Paco Martín¹¹ y estaba mi nombre. Ahí logré que me reincorporen en la facultad con semiexclusiva y también volví a Extensión. Comencé con todos los proyectos de la Editorial, del Centro de Documentación (Entrevista RG).

El Consejo Superior de la UNCuyo aprobó la creación de la Editorial de la Universidad Nacional de Cuyo en diciembre del '88.

– Me lo vinieron a decir, yo estaba en unidad coronaria, me acababan de hacer cuatro baipases, para ponerme contento me vinieron a decir: – Che! tenemos buenas noticias, el CS acaba de aprobar tu proyecto de crear la Editorial. La ordenanza de creación salió en febrero de 1989.

Ya cuando reingresé en la Universidad, yo me había enojado un poco con la filosofía. Además empecé con el problema de la vista, entonces comencé a darle más importancia a la docencia y a la gestión que a la investigación. Pero me interesaba, por eso uno de los libros más importantes fue *La investigación desde sus protagonistas*, que para mí es una de las cosas más importantes que hice, que logré que gente de toda la universidad contara sus experiencias, y que todos leyeran todos los trabajos, que eso no es fácil que suceda.

Me interesó hacer cosas prácticas, como el manual para las editoriales universitarias. Me interesó, y he pedido que se continúe, aunque no sé si lo están haciendo, el tema de la cronología. Donde vos colocas los acontecimientos de la Universidad y al lado lo que está pasando en el resto del mundo. Esas son cosas que me parece que habría que hacer (Entrevista RG).

Para Norma Fóscolo el desafío consistió en reinventar la práctica filosófica, resignificarla a través de la experiencia de llevar cursos de filosofía en carreras de Ciencias Políticas y Derecho:

– Yo empecé con la Ética [en la carrera de Trabajo Social]. Fue un gran desafío. Ahí fue que yo entendí o sentí, que la filosofía podía servir para la comprensión de lo que somos socialmente. Nada de existencialismo, nada de metafísica, nada de esas cosas. ¿Qué le puedo decir de interesante a los chicos de Ciencias Políticas?, que no eran sólo de trabajo social, se acercaban a la cátedra alumnos de otras carreras también. Eso por un lado, pero por otro lado, me obligó a mí a entender qué era el trabajo social. Mi ventaja era que yo manejaba bien el francés, entonces introduje a Bourdieu, a Foucault, que yo conocí sus textos por el 80, poco antes de que muriera. Vos sabes que Foucault comenzó sus cursos en el Collège de France allá por el 73 o 74, cuando yo estaba en Lovaina. Todos los brasileros que conocía se escapaban

¹¹ José Francisco Martín (Mendoza, 1939 – 2016) Sociólogo, docente e investigador en la facultad de Ciencias Políticas y Sociales, fue Decano de la misma y Rector de la UNCuyo (1995-2002).

para ir a París a escuchar a Lacan. Yo no sabía que existía Foucault. Lo conocí mucho después por sus escritos. –si no me hubiera escapado, ¡te imaginas!

Después, di un par de seminarios sobre Bourdieu, los de Foucault, que sigo dando, – porque “sigue escribiendo”–, Robert Castel, también de inspiración foucaultiana. Castel me llevó a platearme la cuestión del trabajo. Lo que se llama la desaparición de la sociedad salarial, y por lo tanto hasta la desaparición de los lazos sociales conocidos y consagrados. En una sociedad salarial vos podés identificar la población por los ingresos. Pero eso ya no sucede. Lo que se veía es que, no tanto por la tecnología, sino por la precarización de los lugares de trabajo, se estaba terminando con la sociedad salarial, que es la sociedad que fundó los estados de bienestar europeos. Eso por un lado.

Entre tanto en Derecho ... eso fue muy curioso también, cuando llegamos, la corriente predominante en Argentina eran los analíticos, los analíticos del lenguaje. Entonces dijimos, bueno, hay que agarrarse del lenguaje, pero lo hacíamos desde la perspectiva semiótica, o semiológica, o de los actos de habla, que es una visión del lenguaje como fenómeno social, más bien. Entonces con Schilardi, con la Puli, hicimos un librito sobre el lenguaje jurídico [*Materialidad y poder del discurso. Decir y hacer jurídicos*. EDIUNC, 1996]. Eso lo analizamos a través de Umberto Eco, Foucault, a través de los escritos de Marí, de los actos de habla, etc.

Después, con gente de Ciencias Políticas y de Derecho, escribimos sobre los DDHH en la Argentina. El libro se llamaba *Los derechos humanos en la Argentina, del ocultamiento a la interpelación política* [EDIUNC, 2000] donde analizábamos: el discurso de las organizaciones de DDHH, la sentencia del juicio a las Juntas, hicimos, esto lo hizo un sociólogo que ahora está en México, una encuesta poblacional sobre cuál era el conocimiento de los DDHH. Eso salió en el 95, con ayuda de CONICET, pero venía atrasado, porque era la época de Alfonsín y de la hiperinflación, así que cuando te llegaba la plata, ya no te alcanzaba para nada. Así que lo publicamos bastante más tarde. (...) Ambos libros –el de los DDHH y el del lenguaje jurídico– nos los publicó la EDIUNC.

Después, (...) salió una publicación que hicimos sobre *Las voces de los jóvenes desde la vulnerabilidad* [INCA, 2001]. Ahí ya estaba yo trabajando desde la Facultad de Ciencias Políticas. Con chicos de Sociología hicimos entrevistas a 5 o 6 jóvenes para ver cuáles eran sus situaciones de trabajo, qué perspectiva tenían del rol del Estado, si su preparación escolar tenía que ver o no con los oficios en los que estaban trabajando. Era terrible, las situaciones que contaban eran terribles.

Entre tanto lo filosófico estaba allí, pero ni tanto. Lo que yo podía hacer con esos equipos donde se trabajaba sobre datos, era trabajar sobre los conceptos y que estuvieran bien definidos y que hubiera cierta elaboración teórica de los conceptos. Pero en realidad el más filosófico fue cuando, al término de mi docencia en la facultad de Ciencias Políticas, hicimos con Adriana y con Ricardo Rubio una Ética para el trabajo social latinoamericano: *Desafíos éticos del trabajo social latinoamericano*. Que es bastante citado. Vos abres la página y ves que está en Colombia, en Ecuador, en las escuelas de trabajo social, ciertamente.

Entonces, cuando yo entré a la facultad de Ciencias política, por momentos sentía que estaba abandonando la filosofía, pero después me di cuenta que no, que estaba tratando de encontrar aquellos autores de los cuales se pudiera hacer una elaboración filosófica que les diera a los estudiantes sustento suficiente. Bourdieu es muy teórico, por ejemplo, cuando habla del *habitus*, está hablando de la prudencia aristotélica, no lo dice por cierto, pero es clarísimo. Castel también ... es la formación también de los sociólogos franceses. No son los empiristas norteamericanos. Hay una formación humanística detrás y filosófica fuerte (Entrevista NF).

Hemos escuchado voces de testigos de una historia del quehacer filosófico en Mendoza. Siendo la escritura un medio de atesorar cuerdos y el recordar un

ejercicio vinculado a los afectos y las valoraciones, hemos procurado intervenir sólo lo indispensable para hilvanar y contextualizar los recuerdos en un relato que permita transformar lo acontecido en historia nueva. Apelamos a la capacidad regenerativa, sanadora de la memoria, entendida como actualidad del pasado en el presente. Lo hecho queda inconcluso. Sólo cabe la invitación a proseguir la tarea.

Referencias bibliográficas

Arpini, Adriana María (2018). El exilio filosófico de los '70 en Argentina. Ejercicio crítico y resistencia. En: Mariela Avila y Braulio Rojas (Comps.). *La experiencia del exilio y el exilio como experiencia* (pp. 51-75). Santiago de Chile: Ediciones Universidad Católica Silva Henríquez.

Aveiro, Martín Omar (2014). *La universidad inconclusa. De la Ratio Studiorum a la reforma universitaria en Mendoza (1973-1974)*. Mendoza: EDIUNC.

Avila, Mariela Cecilia (2018). Exilio y tiempo otro. De partidas y regresos. En: Avila, M.C. y Rojas, Braulio. *La experiencia del exilio y el exilio como experiencia* (pp. 129-145). Santiago de Chile: Ediciones UCSH.

Benjamin, Walter (1972 – 1989). *Gesammelte Ashriften*, Frankfurt am Main: Suhrkamp.

Colectivo Fantomas (2012). *El Mendozazo. Herramientas de rebeldía*. Mendoza: EDIUNC, Colección Cotracorriente.

Facultad de Filosofía y Letras (1965). *Memoria Histórica. 1939-1964*. Mendoza: Universidad Nacional de Cuyo.

Ficcardi, Ana (2013). Transmisión y oficio de la sociología en Mendoza. Formación del campo profesional. [Tesis de Maestría en Ciencia Política y Sociología]. Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, Sede Académica Argentina. Recuperado de: <https://repositorio.flacsoandes.edu.ec/bitstream/10469/6011/2/TFLACSO-2013AMF.pdf>

Fóscolo, Norma (2018). Un itinerario: Beranrdo Carlos Bazán (Mendoza, 1939 – Ottawa, 2018). *Cuyo. Anuario de Filosofía argentina y americana*. vol. 35, 2018, 145-159. Recuperado de: <https://revistas.uncu.edu.ar/ojs/index.php/anuariocuyo/article/view/3412>

Halbawchs, Maurice (2004). *La memoria colectiva*. Traducción de Inés Sancho-Arroyo. Zaragoza. Prensa Universitaria de Zaragoza.

Hurtado-Beca, Cristina (1993). El segundo exilio: el retorno al país. En: Vermeren, Patrice et al. *Filosofía del exilio* (pp. 49-63). Valparaíso: EDEVAL.

Mate Rupérez, Reyes (2006). Memoria e historia. Dos lecturas del pasado. *Letras libres*, n° 53. Recuperado de: <https://www.letraslibres.com/mexico-espana/memoria-e-historia-dos-lecturas-del-pasado1>

Molina Galarza, Mercedes (2014). Transformaciones político-pedagógicas y terrorismo de Estado en la Universidad Nacional de Cuyo. En: Bravo, Nazareno; Molina Galarza, M. y Tealdi, E., *Apuntes de la memoria. Política, reforma y represión en la Universidad Nacional de Cuyo en la década del '70* (pp. 86 a 115). Mendoza: EDIUNC, Colección A contrapelo.

Platón (1968). *Fedro, o de la belleza*. Traducido del griego por María Araujo. Prólogo de Antonio Rodríguez Huescar. Sexta edición. Buenos Aires: Aguilar.

Ricoeur, Paul (2004). *La memoria, la historia, el olvido*. Traducción de Agustín Neira. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Roig, Arturo Andrés (1998). *La universidad hacia la democracia. Bases doctrinarias e históricas para la construcción de una pedagogía participativa*. Mendoza: EDIUNC.